

EL SECUESTRO DEL “SANTA MARÍA”
UNA PÁGINA DE LA HISTORIA DE LA MIGRACIÓN
CANARIO-VENEZOLANA

MANUEL DE PAZ SÁNCHEZ

La prensa local canaria y, concretamente, la revista *Canarias en Venezuela*, que había comenzado a publicarse en Santa Cruz de Tenerife en diciembre de 1959, recogió en las páginas centrales del número correspondiente a la primera quincena de marzo de 1961, unas cuantas instantáneas de la llegada a la capital tinerfeña del *Veracruz*, motonave gemela del *Santa María*, que transportaba los pasajeros de este último buque, algunos de ellos isleños, después de un azaroso viaje. Una de las fotografías mostraba al barco de bandera portuguesa mientras se aproximaba al dique de atraque, a cuyo fondo se recortaban espléndidas las montañas de Anaga. Un gentío calculado en unas cincuenta mil personas tributó a los pasajeros un clamoroso recibimiento, que la prensa de la época no dudó en calificar de apoteósico. Los muelles, engalanados, acogieron a la enorme multitud y, “mientras todos los barcos surtos en puerto hacían sonar sus sirenas, en el aire estallaban centenares de cohetes. Al costado del buque, la Banda Municipal ejecutaba los himnos de España y Portugal y la emoción de todos era incontenible”, escribía el redactor de *Canarias en Venezuela*. Por fin había llegado a la primera tierra europea aquel grupo de viajeros y emigrantes que, durante once días, se habían visto convertidos en “inocentes rehenes de insospechados extravíos”.

El secuestro del buque de la *Companhia Colonial de Navegação* había sido protagonizado, el 23 de enero de 1961, en el puerto de Curaçao por un contingente de entre treinta y setenta hombres, quienes subieron a bordo del *Santa María* en sus escalas de La Guaira y de la propia isla de soberanía holandesa próxima a Venezuela. Víctima de la agresión inicial falleció uno de los oficiales, Joao Costa, y resultaron heridos otros miembros de la tripulación que, casi de inmediato, fueron desembarcados en la isla caribeña de Santa Lucía por consejo del auténtico comandante del barco. A bordo de la nave viajaban unos seiscientos pasajeros

que, junto a la tripulación, hacían ascender la cifra de retenidos a unas novecientas personas. Desde Río de Janeiro, el general portugués exiliado Humberto Delgado, que había sido derrotado en la lucha política contra Salazar, asumió la responsabilidad moral del secuestro y pidió a los representantes en Brasil de Gran Bretaña y de Estados Unidos que comunicaran a sus gobiernos su solicitud en el sentido de que desistieran de intervenir, puesto que no se trataba de un acto de piratería sino de “la apropiación de un transporte portugués por portugueses, con fines políticos”, mientras que Enrique Galvao, jefe de la operación, manifestó desde el propio trasatlántico, que Delgado era “el presidente electo de la República portuguesa, fraudulentamente privado de sus derechos por el gobierno de Salazar”.

La Armada estadounidense desplazó varios navíos de guerra y aviones en su búsqueda –tanto por razones humanitarias y de seguridad, respondiendo a una petición del gobierno luso, como por el hecho de que viajaban a bordo un grupo de súbditos norteamericanos–, ordenándole a Galvao, cuando fue localizado en alta mar y más o menos enfilado hacia África, que desembarcara a los pasajeros en el puerto brasileño de Belém, aunque el rebelde se negó inicialmente a acatar estas indicaciones, pero acosado por la falta de agua potable, la presión del pasaje y la avería de una turbina del buque –que le obligó a aminorar su marcha–, así como por la nula colaboración de los verdaderos tripulantes, imprescindible puesto que Galvao no tenía suficientes hombres preparados para gobernar la nave, trató de ganar tiempo y de solicitar garantías de tipo político, consiguiendo que el presidente brasileño Quadros, que acababa de tomar posesión de su cargo, le concediera asilo político, por lo que desembarcó el pasaje y la tripulación en Recife el 2 de febrero, y, por ello, los primeros fueron reembarcados en el citado *Veracruz* y reanudaron su viaje a Europa. Galvao se rindió, pues, a las autoridades brasileñas e hizo entrega del *Santa María* –que en los últimos días los agresores habían rebautizado con el nombre de *Santa Libertad*– en las primeras horas de la tarde del día siguiente y, poco después, el barco fue puesto nuevamente a las órdenes de su verdadero capitán Mario Simoes Maia, quien lo condujo a Lisboa, previa escala también en la capital tinerfeña. Cuatro miembros de la tripulación, tres camareras y un botones adolescente, se unieron a los secuestradores y se quedaron en Brasil.

Las verdaderas intenciones de Galvao y sus compañeros consistían en dirigirse a una de las colonias portuguesas en África, indicándose en los medios de comunicación que el destino más probable era Angola, puesto que el antiguo oficial había ocupado, en fechas anteriores, cargos de cierta relevancia en esta posesión colonial, cuyas fuerzas de seguridad fueron puestas, como consecuencia del incidente, en alerta máxima. Al tratarse de una acción aparentemente de carácter político, puesto que no tenía como finalidad explícita el robo ni se trataba propiamente de un motín, se generó cierto debate en la prensa internacional, promovido sobre todo por sectores que no veían con buenos ojos a las dictaduras peninsulares y que, tal vez, hubiesen apoyado el reconocimiento, incluso, de un gobierno rebelde que, en el mejor de los casos, hubiera podido sostenerse hasta conseguir cierto apoyo exterior. En Angola se produjeron, en efecto, algunos levantamientos instigados por individuos armados que, al parecer, utilizaban el mismo tipo de uniforme que vistió Galvao cuando se entrevistó a bordo del *Santa María* con el contralmirante norteamericano Allen Smith, para negociar la entrega del pasaje, y también cuando recibió la visita, en los últimos momentos del secuestro, del general Humberto Delgado. Otros medios de prensa, especialmente portugueses y españoles, calificaron la maniobra —que los rebeldes habían denominado *Operación Dulcinea*— de conspiración masónico-comunista.

El secuestro del *Santa María*, en efecto, dio pie a todo tipo de cábalas sobre la identidad, los intereses y los proyectos inmediatos de sus captores. El sobrecargo José Valentín Reis —que fue desembarcado, en la isla de Santa Lucía, junto a otros miembros de la tripulación y al cadáver del oficial asesinado— declaró el 28 de enero que quien mandaba en el buque, de hecho, era un español de apellido *Bello*, y que los captores eran, en su mayoría, cubanos, venezolanos y españoles, mientras que los portugueses no superaban la media docena; y, por otro lado, no faltaron voces que quisieron ver en el cambio de nombre del buque —*Santa Libertad*—, indicios de la alianza entre “el anticlericalismo de los demócratas del viejo estilo” con el “ateísmo militante de comunistas y anarquistas”. En medios católicos de Roma, que según parece habían mostrado su descontento por el asilo concedido en Brasil a los asaltantes, destacaron la “extraña coincidencia” que relacionaba a sus

autores “con las sectas internacionales masónicas, a las que todos ellos pertenecen”.

Al margen de la teoría del complot, más o menos evidente en este caso, es cierto que en la *Operación Dulcinea* habían participado junto a Galvao, elementos españoles como un tal Hernández y sobre todo el citado *Bello*, de edad más avanzada y que, según se afirmó, poseía la condición de “ex marino de guerra”, pues había luchado “junto a los rojos en la guerra de Liberación y de quien días atrás se habló como *profesor Bello*”, se trataba, evidentemente, de José Velo, exiliado español y ex miembro de la Unión de Combatientes Españoles (UCE) de Venezuela, inicialmente capitaneada por el llamado “general” Alberto Bayo, el instructor de Fidel Castro en Méjico, en 1956, que a partir del triunfo de la revolución había pasado a residir en Cuba, donde fraguó diversos proyectos y conspiraciones que, como tantas otras del exilio, se vieron condenados al más rotundo fracaso. Se aseguró también, en medios de la época, que Moscú no estaba ajeno a la operación, especialmente por intervenir en los trabajos conspirativos nada menos que su embajador en Rabat, y no parece que cupieran dudas –en opinión del periodista Gómez Aparicio– del carácter de conspiración internacional de esta nueva intentona contra los vigías de Occidente. “De lo que, en cierto modo, se trata –afirmaba el citado periodista– es de una reproducción de las andanzas aventureras y, por lo menos, anarquizantes de la antigua Legión del Caribe, el *Ejército volante de la revolución*, que tan directa participación ha tenido y tiene en el asalto del Poder en Cuba y en todos los intentos subversivos de aquella explosiva zona americana”. Además, aparte de la condición masónica de Galvao y del general Delgado, “en torno a ellos había otras figuras no menos siniestras”, como el ya mencionado “Alberto Bayo, el también español José Velo Mosquera... Algunas de ellas conocidas igualmente por sus contactos con izquierdistas afiliados a las logias masónicas”.

En declaraciones del comandante del *Santa María* –durante su escala tinerfeña de regreso a Europa–, insistió en que “Galvao era más que todo un cartel en el complot perpetrado contra el *Santa María*, pues los verdaderos dirigentes eran Sotomayor, Velo y Rojo, tres de los asaltantes del buque en el que embarcaron, como pasajeros, en La Guaira”. El afán

de proselitismo de los secuestradores, añadió el marino portugués, era incesante pues "diariamente se celebraban mítines en los que se repetía constantemente que, entre los días 23 y 25 de enero, estallaría una revolución en España, Portugal, Venezuela y Angola".

Los disturbios, desde luego, estallaron en Luanda (Angola), a partir del día 6 de febrero, produciéndose diversas víctimas que fuentes oficiales cifraron en dieciséis muertos y varios heridos, si bien se aseguró que la mayor parte de los atacantes procedían de la República del Congo y, desde los primeros momentos, se afirmó también que "el ataque estaba relacionado con la ocupación del trasatlántico *Santa María*". La revuelta continuó durante varios días, elevando la cifra de muertos por encima de la treintena, mientras los medios oficiales resaltaban que la conexión con la intentona de Galvao resultaba evidente. Comunistas y masones, se apuntaba en la prensa, llevaban a cabo una campaña en toda regla contra Portugal y, desde Lisboa, el corresponsal José Ramón Alonso informó que los rebeldes habían tratado de apoderarse de la emisora Radio Luanda y que formaban tres grupos armados con material ligero de fabricación checoslovaca. "¿Eran miembros del ya tristemente famoso DRIL o Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación? Así parece, aunque hasta ahora la identificación se limita a tres portugueses de la metrópoli al lado de individuos de raza negra que no son del África portuguesa", se apuntaba en la prensa. El *foquismo* comenzaba, pues, a traspasar las fronteras.

Unas declaraciones de Galvao al periódico francés *L'Aurore*, a favor de las "tácticas terroristas", vinieron a añadir nuevo combustible a la ya notable hoguera, puesto que el famoso pirata –actividad que había elogiado en una de sus colaboraciones literarias de juventud– confesó que ya había utilizado técnicas terroristas en España, en las explosiones de bombas ocurridas en 1960, habiendo intervenido directamente –aseveró– en los atentados de Madrid, Barcelona y San Sebastián. Considerado, además, una especie de tontiloco al estilo de Bayo, Galvao había declarado a los periodistas, al final de su odisea, que el robo del buque era "solamente el comienzo del plan que tenía para ocupar la Península Ibérica". No obstante, ni él ni el general Humberto Delgado parecían contar con muchos seguidores a su alrededor, puesto que la colonia portuguesa en Brasil –tal como reco-

noció el ex presidente Kubitschek—, era poco activa políticamente y estaba muy identificada con la realidad interna del país, inclinándose además en su mayoría por el salazarismo, de ahí tal vez la necesaria alianza, al menos coyuntural, de los escasos disidentes lusitanos con los elementos más díscolos de la colonia republicana española en Venezuela.

En este sentido, el embajador de España en Caracas remitió a Madrid cierta información, publicada en *La Esfera* del 29 de enero de 1961, sobre la reunión celebrada en aquella capital al objeto de crear un “frente común de liberación” por españoles y portugueses, entre los que se contaban elementos de la CNT de España y que estuvo presidida por José Consuegra, Secretario de la Junta de Exilados de la República Española, interviniendo como invitados “el representante del capitán Enrique Galvao en Venezuela, Julio Cid Costa Motta y el dirigente sindical de la UGT de España, Leoncio Pérez”. Costa Motta, que actuaba además en nombre del DRIL en Caracas, manifestó también a la prensa que, en relación con el recién finalizado secuestro del trasatlántico, habían existido dos operaciones, “la operación *Sueño*, consistente en procurarse los hombres y las armas necesarias para *el golpe del Santa María*, y la operación *Dulcinea*, consecuencia de la primera y que serviría para proclamar un gobierno ibérico libre en cuanto el barco pudiera arribar a un territorio de soberanía portuguesa”, si bien se habló también de la Guinea española o, incluso, de las propias Canarias como destino potencial de la operación de desembarco, y por ello se comentaron, en círculos del exilio, unas presuntas órdenes militares de máxima alerta y de reforzamiento de las defensas del Archipiélago en fechas previas al secuestro del *Santa María*.

Se ha señalado, en este contexto, que uno de los hechos más destacados del gobierno republicano español en el exilio presidido por Emilio Herrera Linares, sucesor de Félix Gordón Ordás, fue la firma, en septiembre de 1960, del denominado “Acuerdo luso-español” suscrito con el general Humberto Delgado, constituyéndose al efecto un Consejo Supremo Luso-Español al objeto de potenciar la operatividad de los acuerdos, que incluso pretendían la formación de una suerte de Unión Ibérica. Estos acuerdos Herrera-Delgado fueron destacados, desde

1977, por el profesor Tusell, para quien "Herrera mantuvo de alguna manera una postura de acercamiento a quienes propugnaban el uso de la violencia para acabar con Franco", lo que explicaría, también, la satisfacción del presidente del gobierno de la República en el exilio por el asalto al *Santa María*. Esta táctica, sin embargo, duró poco, porque en enero de 1962 falleció Martínez Barrio y fue sustituido en la presidencia de la República por el socialista Jiménez de Asúa, quien a su vez nombró presidente del gobierno a Claudio Sánchez-Albornoz. "El ilustre historiador –subraya Tusell– no propugnaría fórmulas de oposición violenta en el futuro. La existencia de su gobierno no era más que un símbolo y poco relevante al contar con escasos apoyos y tener sus ministros dispersos por el mundo", pero, además, tampoco parece que el republicanismo tuviese mayores posibilidades reales en aquellos momentos.

En marzo de 1961, una nota informativa del Ministerio español de Asuntos Exteriores destacaba una noticia de la revista hispanoamericana *Visión*, del 10 de febrero anterior, en la que se aseguraba –en su sección confidencial–, que en círculos allegados al gobierno de Franco cobraba cuerpo la idea de acusar a Cuba ante la ONU por inmiscuirse en su política interna y por promover rebeliones en la Península Ibérica. "La actitud del gobierno de Madrid –subrayaba la revista– se debería a que en La Habana se ha establecido una nueva organización comunista la que, siguiendo instrucciones del Cominform, se propone fomentar guerras de guerrillas en la Península Ibérica para derrocar a los regímenes de Franco y de Antonio Oliveira Salazar". Pero, las observaciones del Ministerio español resultaban ciertamente aclaratorias: "La anterior noticia, que no parece verosímil, coincide plenamente con la campaña promovida desde Washington a fin de lograr que varios países hispanoamericanos acepten la actual política de cerco diplomático y económico contra el régimen de Fidel Castro", y se matizaba también que la publicación de referencia solía "acomodarse en sus criterios a los fijados por Washington".

Por otro lado, según Suárez Fernández, durante 1961 y 1962 "pareció acentuarse la autonomía del Partido Comunista de España, y la tendencia en éste de rehuir cualquier clase de aventuras guerreras". En la reunión de sus máximos dirigentes celebrada en Praga se acordó la realización de una intensa labor de propaganda a fin de convencer a

los medios, tanto en Europa como en América, “de que había en España muchos millares de presos políticos que estaban siendo sometidos a tortura y de que se estaba procediendo a una represión indiscriminada”. Se trataba de aumentar, con ello, las adhesiones a la causa y de bloquear la capacidad represiva del régimen, pero en última instancia, además, la estrategia del PCE era la huelga general revolucionaria. Ello contribuye a explicar, desde luego, el fin de la era de las aventuras sobre la Península Ibérica, aunque no respecto a América Latina, donde el castrismo siempre consideró esencial intervenir como parte ineludible de su proyecto revolucionario continental, pero, en cualquier caso, la intentona del *Santa María* podría ser considerada como el *Granma* de un sueño imposible para el pequeño grupo de “bandidos del mar” que protagonizó la aventura, aunque la empresa, que gozó de muy escasas simpatías, aunque levantó una extraordinaria expectación, pareció estar condenada al fracaso desde el momento en que fue concebida y, sobre todo, desde que fue puesta en marcha por un abigarrado grupo de exiliados y rebeldes.